

tajosamente de todo lo que me concierne! Hacedme evitar, oh Dios mio, con mucho cuidado este desórden que los Santos miran como una extrema necesidad: *Extrema dementiæ est propriis laudibus velle decorari.* (S. Chrys.).

EXÁMEN.

De la ambicion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en la conducta que observa para con los hijos del Zebedeo. Ellos deseaban tener más honores que los otros Apóstoles, y le pedian los primeros asientos en su reino. Mas este divino Salvador, que no puede sufrir las pretensiones ambiciosas, rechaza su demanda; no les trata sino como á ciegos: *Nescitis quid petatis;* y El no les habla sino de humillaciones y de sufrimientos, para enseñarles que en esto es en lo que los cristianos deben poner toda su gloria. Admiremos cuánto en esta ocasion nuestro Señor manifiesta su menosprecio por la grandeza y por la ambicion.

SEGUNDO PUNTO.

La ambicion es un deseo desarreglado del honor. *Inordinatus honoris appetitus.* Examinemos si nosotros estamos sujetos á este vicio.

¿No hemos deseado muchas veces los honores que sabíamos bien no nos eran debidos? Y cuando nosotros hemos creido que se nos debian, ¿no los hemos exigido con demasiado rigor?

Y los que se nos han dado, ¿no tuvieron por motivo en su mayor parte nuestra amistad y nuestro favoritismo; y no nos hemos resentido contra las personas que mostraban no corresponder á nuestra inclinacion desarreglada?

¿No hemos aspirado con ardor á los cargos y á las dignidades las más elevadas? y cuando nosotros no lo hemos hecho así, ¿no ha sido únicamente por imposibilidad de conseguirlas, estimando entre tanto muy dichosos á los que las poseian?

Nuestra ambicion ¿no ha llegado á persuadirnos que no hay empleos ni beneficios, por grandes y considerables que puedan ser, que fuesen superiores á nuestros méritos?

¿No es esta misma ambicion que nos ha hecho tan delicados en materia de honor, de tal manera que en todas ocasiones buscamos procurarnos las honras y las distinciones?

¿No nos hemos dejado llevar del malhadado deseo de la singularidad espiritual, pretendiendo gracias particulares y extraordinarias, aspirando á una oracion sublime y no comun, no estando contentos

con las luces y las gracias que Dios se ha complacido darnos?

En fin, ¿no es este honor vano que nosotros hemos tenido en mira más ordinariamente en nuestra conducta, y que ha sido el gran motivo y el fin principal de la mayor parte de nuestras acciones?

TERCER PUNTO.

Oh mi divino Salvador, que para merecernos la gracia de resistir á las tentaciones de ambicion habeis querido Vos mismo ser tentado de ella exteriormente, y habeis sufrido que el demonio os ofreciese los reinos por recompensa de la adoracion que él os demandaba: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me* (Matth. iv); hacednos fieles á vuestra gracia; preservadnos del desgraciado deseo de las grandezas; dadnos para la ambicion todo el horror que merece un vicio que conduce á la más horrible de las idolatrías: *Via ambitionis adoratio diaboli est.* (S. Bern. in Ps. Qui habitat.).

EXAMEN.

De la presuncion y buena opinion de sí mismo.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la conducta de nuestro Señor para con san Pedro, permitiendo que este primer Apóstol le niegue vergonzosamente

á la voz de una criada. Este Apóstol protesta por un juramento solemne que será fiel á su Maestro aún con peligro de su vida; mas porque presume demasiado de sí mismo él se confia en sus propias fuerzas, y cae en una infidelidad que debe hacer temblar á todas las almas presuntuosas. *Quis non contremiscet ad illius columne casum? Si Petrus lapsus est, quis alius de se jure præsumat?* (S. Bern. serm. 6 de *Cæna Domini*). Rindamos nuestros obsequios á Jesucristo, y pidámosle la gracia de aprovecharnos de una caida tan sorprendente.

SEGUNDO PUNTO.

El presuntuoso pone su principal confianza en sus propias fuerzas, y tiene siempre muy buena opinion de sí mismo.

Él no puede persuadirse que deba temer nada por su incapacidad; todo le parece posible, y por poco talento que tenga cree siempre tenerlo bastante para salir con éxito en sus empresas.

El se estima ordinariamente más ilustrado que los demás; y como se precia de tener mucho juicio y conducta, no toma consejo de nadie, y se determina ardientemente en los asuntos más difíciles.

En las mismas cosas que miran á la salvacion se cree bastarse á sí mismo: y de cualquiera manera que se le represente el

sentir de los Santos sobre la necesidad de tener un director, no se persuade de que los directores sean necesarios para él.

Cuando recibe de Dios cualesquiera gracias, las atribuye ordinariamente á sus propios méritos, y aún se cree digno de recibir otras nuevas: si ve que los demás no reciben el mismo favor que él, se imagina que esto viene de sus menores merecimientos, y que él vale más que los otros.

Si él no incurre en grandes desarreglos, para él esto es materia de propia complacencia; y en lugar de confundirse al verse al mismo tiempo sujeto á mil debilidades y lleno de mil imperfecciones, no tiene ningun temor de los juicios de Dios, y se mantiene en paz como si tuviese seguridad entera de su salvacion.

Si él descubre en alguno de sus hermanos los talentos que él no tiene, se lisonjea siempre de tener él ciertas cualidades que lo elevan sobre aquellos; y si se ve obligado á reconocer que ellos son más perfectos que él, no deja de atribuir esto á que ellos reciben más gracias, y nunca lo atribuye á sus infidelidades.

El quiere que se tengan por él grandes deferencias, y demanda siempre las distinciones y consideracion.

En fin, él está de tal modo lleno de sí mismo, que en su persona parece tener un ídolo. El no aprueba sino lo que hace, no

estima sino lo que dice, casi nunca cede á nadie, y se hace por su tenacidad y obstinacion insoportable á todo el mundo.

Examinemos si la presuncion y la muy buena opinion de nosotros mismos han sido causa de incurrir nosotros en alguno de estos desarreglos.

TERCER PUNTO.

Dios mio, que humillais á las almas presuntuosas y que os complacéis en confundir á todos aquellos que ponen su confianza en sus propias fuerzas: *Deus, qui presumentes de se et de sua virtute gloriantes humilias* (Orat. Eccl.), nosotros hacemos un firme propósito de poner siempre en Vos nuestro apoyo y de no presumir jamás de nosotros mismos, mediante vuestra santa gracia.

DE LA MORTIFICACION.

PRIMER EXÁMEN.

Sobre la necesidad de la mortificacion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo, origen esencial de toda verdad, enseñándonos por boca de san Pablo de cuánta importancia es mortificarse. *Fratres*, nos dice este Apóstol, *si secundum carnem vixeritis, morie-*